

## Prólogo

### LA RUEDA Y EL RELOJ DE ARENA

لَأَجْسِبَالِدُهِرُ يُبْلِغُ دَةً أَبَدًا وَلَا تُقْ سَمَشَعِبًا وَاحِدًا شُعْب

«Nunca creí que el tiempo pudiese llegar a desgastar lo que era nuevo, o que sus cambios dividieran a un pueblo que fue uno».

Dhu ar-Rumma

Hace veintisiete años empecé a trabajar en mi primer libro, una exploración de las tierras e historia de Yemen, el país en el cual vivía y donde sigo viviendo. Las dos partes que formaban el país se habían unificado hacía poco, en mayo de 1990, justo antes de la unificación alemana. Cayeron las murallas, se abrieron los telones de acero y se borró una línea trazada en el desierto. Para Yemen, fue un momento de optimismo. Ciertamente es que se desencadenó una breve guerra con un intento de secesión en 1994, en la cual el antiguo régimen del sur disparó tantos misiles Scud hacia nosotros, los que estábamos en Saná, como los que había lanzado Sadam Huseín sobre Israel tres años antes; como respuesta, los gobernantes del norte enviaron a una horda de islamistas barbudos a Adén que destrozó, entre otras cosas, la única fábrica de cerveza de toda Arabia. No obstante, el Yemen unificado sobrevivió. Lo pasado, pasado estaba.

Aquel primer libro mío era un homenaje a la tierra que había soportado tantas cosas desde su pasado hasta su unidad cultural de finales de milenio. Entre líneas, el libro era también un homenaje a esa unidad política renovada. Yemen había sido un Estado unificado en otras épocas: en tiempos preislámicos, brevemente en el siglo XVI, brevemente una vez más en el XVII. Para muchos yemeníes,

igual que para mí, esa unidad parecía, y todavía parece, algo bueno y adecuado, algo natural. Había parecido correcta, al menos, en una época tan lejana como el siglo XIV: «Si Yemen hubiera estado unido bajo un solo gobernante —escribía un observador en Egipto—, su importancia habría aumentado, y su posición entre las naciones más eminentes se habría visto fortalecida».<sup>1</sup>

De hecho, durante más de nueve décimas partes de su historia conocida, Yemen no ha estado unificado, ni mucho menos. Ahora, mientras escribo esto, parece que está disgregándose de nuevo. Lo mismo parece ocurrir con Iraq y Libia; Siria quizá se mantenga unida por pura fuerza bruta; la integridad de Egipto parece a salvo, pero su sociedad está profundamente dividida. Estos cinco países contienen la mitad de la población del mundo arabo-parlante. Según un reciente informe de las Naciones Unidas, ese «mundo» es el hogar de un 5 % de la humanidad, pero genera un 58 % de los refugiados de la Tierra, y un 68 % de «muertes relacionadas con el combate».<sup>2</sup> A veces, da la impresión de que solo hay un elemento que une a los árabes: su incapacidad de llevarse bien entre sí. ¿Por qué esa desunión? ¿Por qué ese nivel tan extraordinario de daños autoinfligidos?

«La ausencia de democracia y sus instituciones», dirían los occidentales; un resumen escueto pero útil. Tal vez tengan razón, pero recientes intervenciones extranjeras, supuestamente destinadas a promover la democracia, no parecen haber hecho otra cosa que empeorar el caos. Y, cuando hay elecciones libres y justas, los islamistas tienden a ganarlas; las elecciones acaban anuladas por un golpe militar y, entonces, los occidentales se quedan extrañamente silenciosos. Podría decirse que la locuacidad y el dinero no se llevan bien.

«La incapacidad del islam para unirse entre sí», dirían los islamistas (una vez más, resumiendo mucho). Pero esa unidad en sí misma ha sido un espejismo casi desde el año cero del islam. La comunidad musulmana ha combatido por la autoridad y la legitimidad, con palabras y con armas, desde la cuarta década de la era islámica.

«El legado del imperialismo», dirían los nacionalistas árabes (aún quedan unos pocos). Pero casi cada vez que se han hecho in-

tentos de unidad en la edad posimperial, han fracasado, normalmente por sospechas y riñas interárabes. Un comentarista árabe, haciendo una autopsia de la guerra árabe-israelí de 1948, decía: «Los árabes habrían ganado la batalla por Palestina de no tener algo falso y podrido en su interior». <sup>3</sup> Ese «algo» era la desconfianza mutua, el resentimiento y el miedo. Es esa podredumbre de la mala sangre que ha burbujado una y otra vez a lo largo de la historia árabe.

Por supuesto, la desunión no es un monopolio árabe. Gran parte del mapa de Europa era un rompecabezas de pequeños Estados hasta bien entrada la época moderna. La reunificación alemana de 1990, parte de un proceso conflictivo que fragmentó la Unión Soviética, supuso el regreso a una unidad que entonces solo tenía dos generaciones de vida. Durante esas épocas, Europa había sido el epicentro de unas guerras que destrozaron el Imperio otomano y el austrohúngaro, y condujeron a la disolución más suave del Imperio británico, pero de todo ello surgieron las Naciones Unidas y la Unión Europea (esos bastiones de la unanimidad mundialmente conocidos). Todo el mundo es un crisol en el cual compuestos antaño estables se separan continuamente y se forman otros nuevos. Si no se produjeran tales cambios, no habría historia. La unión y la división forman parte del mismo proceso. De ahí el primer epígrafe de este libro, del *Arabic-English Lexicon* de Lane:

*Sha'b*: [...] Colección o unión, y también separación, división o desunión.

[...] Una nación, pueblo, raza o familia de humanidad [...]. <sup>4</sup>

(Las cosas se aclaran un poquito más cuando vemos cómo funciona este aparente oxímoron: al igual que ‘pueblo’ y todas esas otras cosas, un *sha'b* es también una sutura craneal, el lugar donde los huesos del cráneo se unen y, al mismo tiempo, se separan; los propios huesos se llaman *qabilas*, que significa también ‘tribus’. Es como si la cabeza humana, con sus «pueblos» y sus «tribus», proporcionase una anatomía árabe de la humanidad misma).

Y, sin embargo, los árabes siempre parecen un caso especial. ¿Acaso nosotros, y ellos mismos, no se llaman simplemente así, «los» árabes, como si fueran un grupo de gente diferenciado y claramente identificable? Si lo son, ¿entonces quiénes son? ¿Y por qué parecen tan alterables, tan sensibles? ¿No debería haber al menos una Unión Árabe, o incluso unos Estados Árabes Unidos? Pensándolo bien, sí que hubo unos Estados Árabes Unidos (EAU), olvidados por la mayoría de las historias: era una confederación formada por la República Árabe Unida (RAU), la unión establecida entre Egipto y Siria durante el breve apogeo del panarabismo, al que se adscribió el entonces reino de Yemen del Norte. Los EAU y la RAU duraron solo cuarenta y cuatro meses, desde 1958 a 1961.

No hay motivos por los cuales la unidad política deba ser una cosa buena *per se*. Pero creo que se puede argumentar con toda lógica que la unidad, al menos en un sentido general (es decir, la armonía, la ausencia de luchas, la coexistencia pacífica y la cooperación), es mejor para la sociedad humana que la fragmentación y la competición violenta.

En un planeta pequeño, con tanta gente y tan pocos recursos, y sobre todo en países muy poblados, como Siria, Egipto y Yemen, parece representar la única esperanza.

A menos que nos matemos unos a otros y empecemos de cero otra vez.



Las historias de los árabes tienden a empezar con el islam, quizá con un leve apunte preliminar sobre lo ocurrido antes. El islam ciertamente proporciona un cuerpo identificable de personas, unificados en un gran momento de la historia. Pero era una unidad solo aparente, no real. Según los relatos tradicionales, las tribus de Arabia se unieron en torno al 630-1, el Año de las Delegaciones, cuando los representantes tribales visitaron al profeta Mahoma y le juraron lealtad a él y al Estado que había fundado. Al cabo de dos años, tras la muerte de Mahoma, la mayoría de aquellas tribus habían vuelto a sus antiguas independencias y sus

riñas. Al principio, las escisiones se consiguieron solucionar, y las conquistas extraordinarias que llevaron a los árabes fuera de Arabia forjaron entre ellos un *esprit de corps* que parecía milagroso, realmente otorgado por Dios. Pero las divisiones tribales subyacentes nunca se curaron. Al cabo de trescientos años, el gobierno árabe unido era solo un recuerdo minuciosamente venerado y, durante los mil años siguientes, los árabes, con pocas excepciones, se vieron divididos y gobernados por turcos, persas, bereberes, europeos y otros pueblos. Su propio imperio había quedado amputado; el dolor iría cediendo con el tiempo, pero el recuerdo perviviría, como el de un miembro fantasma.

El resultado historiográfico de todo esto es que las crónicas políticas sobre los árabes por parte de los escritores modernos casi siempre se convierten, cuando llegamos al 900 d. C., en historias de la cultura árabe y luego, mientras los árabes mismos casi desaparecen del cuadro, se transforman en testimonio de los imperios de otras personas. En parte, el problema es la propia palabra «árabe». Como cualquier nombre, no es idéntico a la cosa que denota, sino que es una etiqueta impuesta a algo. Las etiquetas son útiles, pero también confunden. Pueden cubrir una multitud de diferencias y pueden crear divisiones; también pueden contar mentiras. Llega un momento en el que una etiqueta se desgasta y se vuelve repetitiva, mientras su sentido original, si es que alguna vez lo tuvo, se olvida. En realidad, somos como baúles de viaje anticuados, cubiertos de etiquetas geográficas, genéticas, lingüísticas y demás (entre otras cosas, yo soy británico/inglés/escocés/anglosajón/celta/europeo/indoeuropeo/yemení/árabe...). Pocas secciones de la humanidad han sido tan etiquetadas como ese pueblo tan viajado conocido como «los árabes». Pero, al final, la mayoría nos quedamos con una sola etiqueta y nos adherimos a ella, al igual que ella se adhiere a nosotros. Cuanto más amplia es, más se adhiere.

«Árabe» es una etiqueta muy amplia y muy pegajosa (lleva en funcionamiento casi tres mil años) y, sin embargo, muy resbaladiza. Ha supuesto distintas cosas para distintas personas en distintas épocas. El significado ha cambiado de forma, expirado y resucitado tan a menudo que resulta equívoco hablar de «los»

árabes y, por eso, en este libro no lo hacemos. Hacerlo sería como intentar capturar a Proteo. Lo único que podemos decir es que, durante gran parte de la historia conocida, esa palabra ha tendido a referirse a grupos tribales que viven fuera de una sociedad sedentaria. Probablemente eso es lo que fueron los árabes en esencia durante gran parte del largo período preislámico; desde luego sí que lo fueron durante la mayoría del segundo milenio después de Cristo. En ambos periodos, hay buenos motivos para transliterarlos como un nombre común en cursiva, y no como un auténtico pueblo con nombre propio: *'arab* ('el pueblo árabe') en lugar de «árabes». Lo que resulta sorprendente es que esa gente periférica, móvil, numéricamente insignificante, gente sin mayúscula y desde luego sin capital, fuera tan importante para una identidad. Desde las ciudades-Estado griegas del siglo v a. C., pasando por la China imperial, hasta la Europa colonial reciente, las sociedades se han definido y simplificado en contraposición a los nómadas, los «incivilizados», los «bárbaros». Los árabes, sin embargo, no solo toman su nombre, sino también el único rasgo que los define, su lengua, del epítome del nomadismo y la libertad, ese *'arab* tribal.

La gente a la que conocemos hoy en día como árabes son una mezcla étnica. Los dos elementos fundadores importantes, las tribus *'arab* nómadas o seminómadas y los pueblos sedentarios del sur de Arabia, pueden haberse originado ambos en el Creciente Fértil, hacia el norte de la península arábiga, en tiempos prehistóricos; sus lenguas descienden de la misma antigua familia semítica. Pero, con el tiempo, sus lenguas se han ido separando y dividiendo, y también sus estilos de vida: los árabes del sur desarrollaron sociedades sedentarias, basadas en sistemas de regadío y agricultura (quizá heredaron esos sistemas de pueblos indígenas más antiguos, ya establecidos en el sur de Arabia, con los cuales quizá se mezclaron). Los *'arab*, en contraste, practicaban la trashumancia pastoril, y sus deambulaciones estaban dirigidas por pozos, lluvias y razias. Gracias a intereses mutuos, tanto comerciales como políticos, esos dos elementos fundadores empezaron a unirse en los siglos anteriores al islam. En los albores del islam, la experiencia compartida de construir un imperio cohesionó

más aún la mezcla durante un tiempo, pero también la hizo más compleja, ya que los pueblos de más allá de la península arábiga también quedaron asimilados en el conjunto. Durante este largo proceso, los *'arab* tribales formaron parte y constituyeron, en realidad, el propio núcleo de los árabes en un sentido más amplio, y todavía lo siguen siendo, a pesar de su reducidísimo número. Pero ellos mismos siempre han complicado la historia árabe desde dentro. Las tensiones internas entre elementos sedentarios y otros que no lo eran generaron grandes fuerzas, pero también inestabilidades fatales. Examinaremos esas fuerzas y debilidades en los capítulos siguientes.

Hubo una fuerza por encima de todas las demás que logró cohesionar al conglomerado y mantenerlo unido: el lenguaje, pero no el habla cotidiana, sino el árabe culto, rico, extraño, sutil, encantadoramente hipnótico, mágicamente persuasivo y enloquecedoramente difícil; una lengua que evolucionó a partir de las lenguas de los adivinos y poetas tribales, y que, desde hace mucho tiempo, quizá desde siempre, ha sido el catalizador de una identidad árabe a mayor escala. El lenguaje compartido es importante para cualquier identidad étnica. Es un intento de subvertir la desunión de Babel, impuesta por la divinidad, ese balbuceo, esa falta de entendimiento que impide unirse a las personas. Para los árabes, ha actuado no solo como marcador étnico, sino como genio étnico: «Se dice —reza un adagio que ya era viejo en el siglo IX d. C.— que la sabiduría descendió de los cielos para depositarse en tres órganos de la gente de la Tierra: el cerebro de los griegos, las manos de los chinos y la lengua de los árabes».<sup>5</sup>

Por ese motivo, mientras la historia a menudo se considera como una sucesión de hombres de acción, la historia árabe es en igual medida, o incluso más, una serie de hombres (y algunas mujeres) de la palabra: poetas, predicadores, oradores, autores. Sobre todo el autor (o para los musulmanes, el transmisor) del primer libro árabe, el Corán. Tanto ellos como las palabras que utilizaron tendrán una gran relevancia en el presente libro. Son las que han formado la identidad, forjado la unidad y forzado la marcha de la historia. De ahí que, de vez en cuando, durante un par de páginas, comprobemos cómo el lenguaje ha impulsado el progreso

y, en ocasiones, lo ha impedido. El progreso y la regresión continúan. Acontecimientos recientes, entre ellos la Primavera Árabe y su confuso resultado, han demostrado que las palabras (lemas, cantos, propaganda, información y desinformación, la antigua e hipnótica magia del blanco y negro) todavía marcan el rumbo del mundo árabe.

Más bien deberíamos decir del mundo del árabe, la «arabosfera». La lengua todavía es su rasgo definitorio y su mayor don, y «los árabes», en realidad, son arabófonos. Llamar a todo el mundo desde el estrecho de Gibraltar hasta el estrecho de Ormuz «los árabes» sería como llamar a todos los norteamericanos, sudafricanos, australasiáticos, irlandeses y británicos, sin tener en cuenta su origen, «los ingleses», o incluso «los anglos», otro grupo de clanes errantes cuya lengua acabaría siendo el resto de un naufragio de un imperio en decadencia regurgitado por la marea.



Para explorar los orígenes de la identidad compartida que, a pesar de todo, ha conducido a los árabes a perseguir el espejismo de la unidad, debemos, por tanto, escuchar su lengua. También debemos retroceder a una época muy anterior al islam. El pasado preislámico es ciertamente menos conocido y mucho más difícil de conocer. Pero, en términos de historia escrita, es tan largo como el periodo transcurrido desde la trascendental erupción islámica procedente de Arabia. La primera inscripción antigua conocida que menciona a los árabes data del 853 a. C.<sup>6</sup> El primer borrador de este libro lo redacté en el 2017. Según la tradición, el niño Mahoma fue reconocido como profeta por primera vez en el 582, el punto medio exacto entre esa inscripción y el momento actual.

El islam empezó con una explosión tan intensa que su brillo tiende a cegarnos con respecto a lo que había antes. Del mismo modo, ese relámpago ha arrojado su potente luz sobre toda la historia posterior, dejándola, en gran medida, en las sombras. Tenemos que observar todo el cuadro histórico en conjunto con una luz más igualada para obtener una visión estereoscópica, en

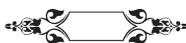
la que todo lo ocurrido desde el año cero islámico se considere solo la mitad de una historia que cubre un periodo de tiempo similar en el pasado.

Lo que empezó con el islam, y da la impresión de que con él se inició también una narrativa árabe unificada, fue la tecnología de la información árabe: en otras palabras, nuevas formas de usar y controlar el lenguaje y, por tanto, de dar forma a la identidad. Antes del islam, la literatura, cultura, historia e identidad eran en gran medida orales. Desde el islam en adelante, las nuevas tecnologías han sido siempre subyacentes a gran parte de los acontecimientos importantes en la historia árabe. Examinaremos estos más de cerca a medida que vayan aflorando en el tiempo; por ahora, un resumen nos dará una idea de lo relevantes que son para la historia. A principios del siglo VII apareció el primer y tardío libro árabe, el Corán: de la noche a la mañana, en términos de nuestra escala temporal de tres mil años, dio visibilidad a una lengua y a los diversos pueblos que la usaban. De repente tenían sus propias páginas, en negro sobre blanco. Ya tenían un pasado; ahora entraron en su presente histórico, y con una energía que les consiguió un vasto imperio.

Hacia el año 700, la decisión repentina de abandonar las lenguas griega y persa, heredadas de la administración imperial, en favor del árabe, también arabizó todo el imperio y a todas sus gentes con asombrosa velocidad: el árabe se convirtió en el nuevo latín. A finales del siglo VIII, la fabricación de papel de los árabes ganó por goleada a una Europa todavía atrapada en una edad de pergaminos, y liberó un torrente de palabras e ideas árabes. Siete siglos más tarde, con la imprenta, fue Europa a su vez quien ganó por goleada; la escritura cursiva árabe nunca funcionó bien con tipos móviles, y el árabe impreso era considerado en sus tierras nativas como los espaguetis en lata en Italia. En el siglo XIX, cuando las prensas árabes empezaron a ponerse en acción poco a poco, también tuvo lugar un renacimiento árabe, el *Nahdah* o 'despertar'. Pasaron otros cien años y un nuevo y emocionante nacionalismo panárabe fue transmitido por transistores, instrumentos que desafiaban fronteras. Una generación más tarde, los cajistas árabes encontraron, por fin, el antídoto a la maldición de la cursiva: el procesador de textos.

Al mismo tiempo, despegó la televisión por satélite, y las palabras fluyeron más rápidas y recorrieron mayores distancias. Más recientemente, las redes sociales de principios del siglo XXI han empezado a subvertir las viejas retóricas y a airear verdades alternativas... hasta que los reaccionarios se pasaron también a Facebook. Ahora, los dinosaurios digitales hacen todo lo posible para dominar los medios y las mentes.

Sin embargo, la primera mitad de la historia preislámica tuvo también sus redes sociales y sus voces dominantes. Entonces también volaban las palabras. A la mayoría de ellas se las llevó el viento, pero algunas arraigaron (en las piedras, en los recuerdos), y podemos y debemos intentar escucharlas.



Un historiador distinguido que empieza por el medio, con el islam, es Albert Hourani.<sup>7</sup> Atrae al lector hacia su tema con un retrato del gran historiador árabe del siglo XIV, Ibn Jaldún. Tras vivir décadas sumido en intrigas y facciones en contienda, Ibn Jaldún se exilió a un pueblo fortificado en la Argelia rural y pasó allí un periodo de intenso retiro intelectual. Apenas se fijaba en lo que ocurría a su alrededor y, con «palabras e ideas vertiéndose en mi cabeza como la nata en una mantequera»,<sup>8</sup> según lo expresaba (¡afortunado él!), dio con un modelo para el auge y la decadencia de las dinastías. En resumen, el modelo explica que una tribu nómada puede estar unida mediante lo que él llama *asabiya*, literalmente algo como ‘vinculación’, pero que a menudo se traduce como ‘solidaridad grupal’, y, por tanto, conseguir más potencia militar. La tribu se hace cargo del gobierno de un Estado ya establecido por la fuerza, y sus líderes se convierten en una nueva dinastía; los antaño periféricos y vagabundos se convierten en centrales y sedentarios. A su debido tiempo, sin embargo (normalmente tres generaciones), la energía de la dinastía se ve socavada por la vida fácil, y la dinastía cae ante una nueva que todavía disfruta de la vitalidad nómada. («De zuecos a zuecos solo hay tres generaciones», como solían decir en Lancashire al hablar de un tipo de movilidad social paralela).

Hourani era un académico, un hombre de biblioteca que escribía desde las inmediaciones del St Antony's College de Oxford. Con su mirada académica contemplaba a Ibn Jaldún como una figura que representaba una época y una cultura. Releyendo a ambos autores en mi casa-torre de Yemen, me di cuenta de una cosa: yo estaba en el ojo del huracán, desvelado por culpa de morteros y proyectiles (mi tercer conflicto importante) y bombardeado todo el día por lemas, sermones y poemas (políticos, no líricos), y veía a Ibn Jaldún como un compañero observador, sentado en su aislado reducto en Argelia, igual que yo me sentaba allí, en Saná, mientras tribus y dinastías libraban una guerra y organizaban tratados, conspiraciones y más guerras a nuestro alrededor; ambos formábamos nuestra filosofía de la historia a partir de la experiencia directa. Mientras Hourani usaba a Ibn Jaldún como recurso literario, yo lo estaba imitando de forma involuntaria. En otras palabras: estoy experimentando la historia *in situ*. Sus detritus se encuentran debajo de mí, porque mi pequeña torre se yergue sobre el último tramo de un montículo de ruinas formado por fragmentos de la Saná preislámica (una de las grandes ciudades de Saba), así como del palacio del gobernador abasí y Dios sabe de cuántas cosas más. *In situ* y en tiempo real. La materia prima de la historia se encuentra aquí, al otro lado de mi ventana. (Un grupo de niños pequeños acaba de pasar gritando «¡Muerte a América!», acompañados por el ra-ta-ta de tambores y petardos, seguidos por una caja roja que llevan en alto, y que contiene a otro mártir más. La caja es tristemente pequeña).

La materia prima de estos días parece ser, sobre todo, acero y plomo. Hace poco descubrí que la batería del coche estaba descargada. Un amable caballero detuvo su coche para ayudarme, pero no tenía pinzas para cargar mi batería. Tuvimos un pensamiento lateral simultáneo y paramos a un par de hombres de las tribus. Les pedimos prestados sus fusiles de asalto AK-47 y los usamos para unir ambas baterías. El coche arrancó a la primera. ¡Solo hay que conectar! «Así que tienen beneficios positivos», dije yo alegremente al devolverles los fusiles de asalto. «Su beneficio —me contestó uno de los hombres de las tribus— es matar».

¿Qué decir ante eso? En mi primer libro escribí que, en Yemen, me sentía tanto como un huésped en un festín como una

mosca en la pared. Ahora me siento más bien como el esqueleto en un festín y la mosca en la sopa. Pero hay que intentar quitarle importancia. Ver cómo se destruye la tierra en la que vivo y a la que amo es como contemplar a un viejo y querido amigo que pierde la cabeza y comete un suicidio lento y considerado.



Encuentro que el modelo de Ibn Jaldún, su elegante paradigma, todavía funciona. Pero creo que se puede afinar más, de una forma que haga sus obras todavía más claras y más claramente aplicables a los tres mil años de historia árabe documentada. El rasgo más importante sigue siendo la *asabiya*, esa energía colectiva potencial que cataliza una efímera unidad: «la *asabiya*, a su debido tiempo, da el impulso necesario para una *razia* o conquista con éxito, o, *mutatis mutandis*, un golpe de Estado; como resultado de la *razia*/conquista/golpe y del monopolio de los recursos resultante por parte del grupo (camellos, impuestos, petróleo y gas), o bien el grupo prospera, o bien los recursos no son suficientes a medida que este va aumentando de tamaño, o bien sus líderes se pelean por la división de las riquezas, así que la unidad se fragmenta. Finalmente, toma forma una nueva *asabiya* y el proceso se repite de nuevo».

Encuentro también que Ibn Jaldún tiene razón al considerar a los «nómadas» como una mina para los cambios, y creo (aunque suene extraño) que, en cierto modo, esto sigue siendo verdad hoy en día, aunque el número de árabes que viven realmente del nomadismo en la actualidad es infinitesimalmente pequeño. Los dos sistemas de sociedad humana básicos de Ibn Jaldún todavía siguen existiendo en el presente: *hadari* o ‘sedentaria’, una sociedad política, un sistema relativamente estático, caracterizado por la palabra relacionada, *hadara*, a menudo traducida como ‘civilización’ en el sentido de gente que vive junta en un asentamiento o una ciudad (en latín *civitas*, en griego *polis*); y *badawi* o ‘beduina’, sociedad apolítica, sistema dinámico en el cual la gente vive aparte del sistema de gobierno civil, y en el cual la «institución» básica es la del *gazw* o *razia* (o conquista, o golpe de Estado).

Lo que yo creo es que, aunque los actuales beduinos son una raza moribunda, todavía hay muchos actores importantes en el terreno de juego árabe cuyos actos son perfectamente acordes con ese segundo sistema «beduino». Los dos sistemas, el de «pueblos» sedentarios y «tribus» beduinas, se mencionan en un famoso versículo del Corán, del cual he tomado parte para el subtítulo del presente libro:\*

¡Hombres! Os hemos creado de un varón y de una hembra y hemos hecho de vosotros pueblos y tribus, para que os conozcáis unos a otros. Para Alá, el más noble de entre vosotros es el que más Le teme. Alá es omnisciente, está bien informado.<sup>9</sup>

La dualidad siempre ha existido desde el principio de los tiempos árabes documentados, y no siempre ha sido un tema de oposición. Esa primera mención de los árabes en el 853 a. C. concierne al empleo, por parte del Estado asirio, de un contratista de transportes, un tal Gindibu ('langosta'), un caudillo árabe que poseía vastos rebaños de camellos: las sociedades sedentaria y beduina se beneficiaban mutuamente. Trasladándonos al punto medio de la historia árabe, parte del éxito del profeta Mahoma se debió a su forma de combinar elementos, tanto del sistema sedentario como del beduino, para fundar el Estado islámico original. En tiempos recientes, el fracaso casi total de las revoluciones populares democráticas de 2011 ha estado estrechamente ligado a una reafirmación del sistema beduino por encima del sedentario. Hasta el verano de 2014, el Yemen que veo por mi ventana, por ejemplo, se consideraba un caso de éxito de la Primavera Árabe, de la aspiración de construir una sociedad asentada y civilizada. Desde entonces, la zona norte del país ha sido tomada mediante un asalto armado (el resurgimiento de una antigua facción que había gobernado durante mil años), la guerra civil está en pleno apogeo y los Estados colindantes (todos ellos gobernados por lo que Ibn Jaldún clasificaría como dinastías beduinas) han intervenido. La historia en tiempo real, como ya he dicho. Las guerras son lo peor

\* Todas las citas del Corán siguen la traducción de Julio Cortés, excepto cuando el autor difiera de su sentido o introduzca modificaciones. (*N. del E.*)

de la historia, y las guerras civiles las peores de todas: no solo se libran dentro de la sociedad civilizada, sino también contra ella. Ibn Jaldún no tenía duda alguna de quiénes eran los culpables: «La civilización —escribía— siempre se ha derrumbado en los lugares donde los beduinos se han hecho cargo».<sup>10</sup>

Hoy en día, no es que haya auténticos nómadas subidos en camellos socavando las instituciones del Estado, apropiándose de los levantamientos democráticos o prendiendo la llama de los conflictos civiles. Pero parece obvio que la institución nómada fundamental, la *razia* o *ghazw*, todavía sigue muy viva. Y, quizá por eso, la imagen de los leales al régimen, subidos en camellos y provocando el caos entre los manifestantes de la plaza Tahrir en El Cairo, en 2011, fue tan potente. En otros lugares, las furgonetas Toyota de última generación sobre las que iban montadas ametralladoras de gran calibre también resultaban muy potentes.

«Razia» es una palabra cargada de sentido, por supuesto. Huele a piratería, a barbarie, a incivilizado en su sentido más peyorativo. Pero la *razia* es también una institución establecida, puesto que es un medio aceptado desde hace mucho tiempo para una redistribución de riqueza a veces más equitativa. Los medios por los que se persigue quizá no parezcan aceptables en el sistema ético de algunos pueblos, pero, contemplándolos con frialdad, son racionales: tú tienes un excedente, yo tengo un déficit; por lo tanto, yo te quito tu excedente. Es importante recordar que distintas culturas tienen razonamientos distintos. Incluso los caníbales, como han explicado los comentaristas culturales, desde Montaigne a Marshall Sahlins, tienen su propia racionalidad.<sup>11</sup> La gente puede ser esencialmente la misma en todo el mundo, pero es igual de maneras distintas.

Durante gran parte de la historia árabe han existido dos racionalidades, la de los sedentarios y la de los beduinos, los pueblos y las tribus, en una dualidad al parecer perpetua, chocando entre sí, pero abrazándose, amando y odiando, el yin y el yang. Pero, ¿qué racionalidad es la más «árabe»? He aquí un gran dilema de la identidad árabe: la palabra «árabe», como he dicho, se aplica a menudo a grupos tribales que viven fuera de la sociedad sedentaria, alejados de la política de las instituciones civiles. En cierto sentido,

por tanto, cuanto más se someten los árabes a la sociedad civil, menos «árabes» se vuelven, ya que pierden parte de su *ethos*. En un mundo globalizado y urbanizado de identidades borrosas, la perspectiva de perder ese antiguo aspecto de arabismo, de convertirse en parte de una globalización difuminada, resulta doloroso.



La historia no solo la forman pueblos y tribus. Remontándonos hasta épocas muy lejanas en el tiempo, observando el panorama general en el mapa, con el paso del tiempo queda claro que el ciclo de unificación y fragmentación bosquejado unos párrafos antes ha estado en movimiento dentro de un contexto de imperios: asirio, romano, persa, bizantino, otomano, británico, estadounidense. Es un círculo peligroso, pero no necesariamente vicioso. A veces, estos círculos se han mezclado con intereses imperiales en los puntos de contacto, como los dos Crecientes Fértiles (hablaremos más tarde de ellos), Egipto e Irán; otras veces, en cambio, han chocado. En ambos casos hay fricción, calor, conflagración: el ciclo es como una rueda de fuego, creativa y destructiva a la vez, que ha fusionado, fundido y remodelado las identidades árabes a lo largo de tres mil años.

Al contar la historia de los árabes, este libro se fijará más en esa rueda de unidad y fragmentación aparentemente eterna y a menudo trágica, y también en esa fuerza que alimenta el fuego, que atiza las revoluciones y que, más que cualquier otra cosa, ha definido a los árabes a lo largo de una historia de cambios y reagrupación de identidades: la lengua árabe. El idioma es lo que une todos esos acontecimientos históricos clave basados en tecnología de la información, desde la palabra de Dios capturada en escritos al procesador de textos, y al procesamiento mental por nuevos regímenes reaccionarios. La lengua es el hilo que todos los aspirantes a líderes árabes han intentado dominar: su objetivo siempre ha sido crear *asabiya*, esa ‘vinculación’ o unanimidad; ha sido ‘reunir la palabra’ de sus pueblos y tribus, como lo expresa el árabe.

Esta es una historia de los árabes, no del árabe. Pero seguir el hilo lingüístico es explorar la veta más profunda de «ser árabe»

en sus distintos sentidos. Ese hilo es el único nexo que ha sido capaz de mantener juntos a los árabes, darles identidad y unidad; incluso la unidad que trajo consigo el islam se basaba, al final, en palabras. Para los europeos modernos y sus herederos, como señaló Thomas Carlyle, la pólvora, la imprenta y el protestantismo subyacen al poder; para los árabes y los suyos, lo son las palabras, las rimas y la retórica.

El problema es que las palabras pueden separar, igual que pueden cohesionar. Eso es lo que está ocurriendo ahora, tanto donde yo vivo como en muchas otras tierras árabes, y, por eso, la unidad sigue siendo un espejismo. Cómo ha pasado todo esto, a lo largo de toda la escala temporal árabe conocida de casi tres milenios, es el tema de este libro.



Unas últimas palabras propias antes de reunir las palabras árabes. Además de escuchar a la gente y sus voces, ocasionalmente examinaremos cosas. Las cosas que podríamos considerar tangibles son una buena manera de captar el pasado, y pueden actuar como metáfora del tiempo o los tiempos, o abrirnos la puerta a la complejidad. Pueden ser muy grandes, como un edificio entero construido pieza a pieza —una mezquita en la que se han utilizado materiales tanto paganos como cristianos— o bien tan pequeños como una moneda árabe acuñada por el rey Offa en las Tierras Medias inglesas; pueden estar cargados de enigmas, como un talismán con Alá en un lado y Krishna en el otro, o cargados de ironía, como un revolver Colt con una inscripción de un presidente de Estados Unidos durante la Guerra Fría. Son más bien lo que Jorge Luis Borges, acuñando un nuevo significado para una antigua moneda árabe, llamaba «el zahir»: <sup>12</sup> un objeto visible y evocador que adopta distintas formas en diferentes lugares y épocas.

Hay otras metáforas más literarias que también son útiles para la historia que empieza. La rueda de fuego es una de ellas. La alusión a sufrimientos legendarios, como el de Ixión, que subvirtió el orden divino, o el del rey Lear, trágico divisor de su

propio reino, como «ligados a una rueda de fuego», no es ninguna coincidencia. Las ruedas, además, son buenos vehículos para las historias: viajan a lo largo de una línea de tiempo que siempre se va extendiendo y, sin embargo, su movimiento es cíclico, y combinan lo constante y lo variable. En el caso de la historia árabe, no son la única imagen que podemos tener en mente.

En mi primer libro escribí que, en Yemen, el pasado siempre está presente. No me daba cuenta entonces de que Harold Ingrams, administrador imperial y viajero por Arabia, también había escrito en su libro sobre Yemen: «Es un país donde el pasado siempre está presente».<sup>13</sup>

Una generación y una revolución o dos separaban nuestras afirmaciones, pero el pasado sobre el que escribíamos era el mismo, todavía presente. Sigue presente ahora, tras otra generación y unas cuantas revoluciones más. Y no es solo el pasado yemení visto por los observadores británicos lo que es inexorable. Casi al principio de su extenso libro *Lo estático y lo dinámico*, el poeta y crítico sirio Adonis escribe sobre la tendencia en el mundo árabe «a transformar el pasado en algo siempre presente».<sup>14</sup> Este pasado siempre presente fue lo que condujo a un astuto observador, Jan Morris, a llamar al reino de Arabia Saudí «una autocracia clásica»<sup>15</sup> en 1955, solo dos años después de que su autócrata fundador hubiese muerto.

Estamos afirmando algo tan obvio que duele. La obviedad que solo se agudiza con el tiempo es que ese pasado siempre presente contiene también el futuro, y lo contiene en los dos sentidos: lo incluye, pero también lo confina. Un pasado siempre presente puede tener efectos positivos, porque mantiene a las sociedades arraigadas en sí mismas. De igual modo, puede atrapar a esas mismas sociedades y asfixiar su futuro. Puede ser un ícubo, un peso no-muerto. El ejemplo más reciente y obvio es el de la Primavera Árabe, la revolución que empezó en 2011 y dio voz a las aspiraciones de una generación más joven, solo para verse sofocada, casi en todas partes, por las fuerzas reaccionarias del pasado árabe.

Por lo tanto, explorar la historia árabe significa traspasar de vez en cuando la cronología y mirar hacia delante, igual que hacia

atrás. «El tiempo presente y el tiempo pasado», como bien sabía Eliot,

están ambos quizá presentes en el tiempo futuro  
y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado.<sup>16</sup>

Esta complejidad es la pesadilla de cualquier historiador, y quizá sea aún peor para los historiadores de los árabes. Los años y páginas se suceden de manera secuencial, pero no necesariamente en acción y reacción, causa y efecto. Causas, factores y errores trágicos pueden seguir latentes durante siglos, incluso milenios, hasta que se agotan en sí mismos, si es que llegan a hacerlo. Un caso extremo, aunque sin importancia, es aquel que ocurrió a mediados del siglo xx, cuando un *sheij* ('jeque') de un pueblo exigió que las autoridades coloniales británicas en Adén pagasen para que se abriese y volviese a poner en funcionamiento un antiguo pozo. Su argumento era que el pozo había sido cegado por una fuerza expedicionaria romana en el año 26 y que los romanos y los británicos eran dos tipos distintos de francos, es decir, europeos.<sup>17</sup> Un caso más grave es el que concierne a la transferencia y naturaleza del poder en el estado posmahometano: un problema que ha emergido de forma intermitente, pero sangrienta, a lo largo de los últimos mil cuatrocientos años. Está claro que la rueda sola, avanzando pesada y sin detenerse a lo largo de su línea temporal, no siempre basta. Necesitamos otra imagen, repetitiva pero arbitraria.

A menudo, los poetas tienen la respuesta. El poeta sirio Nizar Qabbani vio el omnipresente pasado árabe como

el reloj de arena que te traga  
noche y día.<sup>18</sup>

Ese pasado es la arena del fondo del reloj, esperando al siguiente giro de los acontecimientos. Qabani sabía que la historia no es simplemente un cronómetro o un pasatiempo, sino un jugador por derecho propio, a veces malévolo. Es el reloj de arena, ahí agazapado, marcando el tiempo, sin medirlo..., hasta que se le da la vuelta una vez más, y entonces ves que los granos son vidas

humanas, o muertes humanas, porque la gente interpreta ambos papeles: el de las arenas movedizas y el de sus víctimas.

Se pueden contar los granos: en mi país adoptivo, 6660 civiles han fallecido durante la guerra; al menos 50 000 combatientes han muerto, muchos de los cuales eran poco más que muchachos; quizá 85 000 niños pequeños, de menos de cinco años, han sucumbido lentamente al hambre por culpa de la vieja aliada de la guerra, la pobreza. Estas son las estadísticas más crudas, hasta el momento, ofrecidas por la ONU, ACLED y Save the Children en el momento en que termino este libro, a finales de 2018. ¿Los que han dado la vuelta al reloj de arena lo habrían hecho si supieran, o si hubieran podido suponer, todos estos acontecimientos?